

Justicia, perdón, esperanza, felicidad...

*La dicha de la vida consiste en tener siempre algo que hacer,
alguien a quien amar, y alguna cosa que esperar.
La exultante y alegre felicidad nace de la bondad del corazón.*

.....
Carlos Díaz

Catedrático de Filosofía.
Miembro del Instituto E. Mounier.
.....



Carlos Díaz (dcha.)
con Antonio Guedes.

1. Recíproca interacción de las virtudes

Cargados con diez virtudes principales, queremos saber cómo se articulan entre sí, pues no basta con yuxtaponerlas para entender su recíproca interacción: ¿cómo se articulan entre sí, cuál es su «deducción trascendental»?

a) Primero está la **justicia**, ser bueno haciendo el bien para sí mismo y para con los demás. ¿Quiero ser justo? No tengo más que ponerme a ello. De nada dependo para ello sino de la fuerza de mi querer, llegue con él hasta donde llegue. En el pórtico de las virtudes, que diría Charles Péguy, dando la cara, está la justicia, condición de posibilidad y puerta de entrada de las demás.

b) Ahora bien, como nadie es en todo momento y totalmente justo, siempre necesitamos algún **perdón** de quien nos quiera (nos **ame**), y que por ende quiera perdonarnos. Quien desee la injusticia no podrá recibir la absolución ni el perdón que vienen del amor: absolver a otro sin que éste lo desee carece de fuerza operativa, además de que atentaría contra la libertad de quien rechaza la absolución. La justicia, pues, viene antes y el perdón (el amor) después, la justicia es condición necesaria —pero insuficiente— para el perdón. El perdón es subsiguiente a la ofensa (a lo injusto), sin ofensa no tiene por qué haber perdón, la forma del perdón necesita de la materia de la ofensa.

c) Por la rehabilitación que el perdón introduce se produce la activación de la **esperanza**. Cuando la reconciliación derivada del perdón tiene lugar, la esperanza se fortalece automáticamente.

Desde luego, como decimos, el perdón abre la puerta a la esperanza, pero esto no impide que la esperanza se mantenga a pesar del desamor: es esperanza contra toda expectativa, virtud ilógica. Último recurso, se sitúa fuera del tiempo real, sigue siendo esperanza mañana y pasado, aunque se trate de un pasado mañana que dejó atrás a otro ya pasado, que hoy no alcanzo a ver. Si la justicia y el amor perdonador son virtudes temporales, la esperanza reina más allá de la quiebra del tiempo: es virtud paradójica, pues no se basa en la ilazón lógica (funciona incluso contrafácticamente, contra todo lo dado) y lo hace a la vez del modo más lógico.

d) ¿Por qué es lo más lógico la esperanza? Porque el argumento vital último de todo ser humano consiste en

FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA

esperar ser feliz. Sin esa perspectiva nuestra realidad biográfica se desvitaliza y degrada. Con la esperanza, pues, se mantiene alta la expectativa existencial, que es el constitutivo formal de la **alegre felicidad**. ¿Esperanza, pues, de qué? Esperanza de felicidad, pues la esperanza es y sólo puede ser esperanza de felicidad.

e) La esperanza de felicidad produce mayor **confianza** (con-fianza, con fe): la persona esperanzada da crédito a la realidad, cree en ella, se aventura hacia lo venidero de forma venturosa, haciendo de su existencia una vida bien aventurada o bienaventurada, feliz. La felicidad, culminación de las virtudes, deja fuera sus incompatibles: injusticia, rencor, desesperación, todo lo cual descalifica felicitarmente.

Así pues, el engranaje entre las virtudes aquí presentadas es: justicia, amor perdonador, esperanza, alegre felicidad, confianza. Pero esta poderosa maquinaria no funcionaría sin la energía que las virtudes cotidianas le suministran despacio. La persona virtuosa avanza como un asno; si creyese lo contrario, estaría corroída por el vicio de la soberbia, primera anti-virtud.

f) ¿Cuáles son, pues, esas virtudes de asno, cotidianas y sencillas, franciscanas? En primer lugar la **fortaleza**: «fortaleza» y «virtud» son dos formas distintas de decir lo mismo. Hay una fortaleza fuerte (el espíritu emprendedor, no siempre idéntico con el espíritu empresarial) y una fortaleza débil, la que resiste.

g) La fortaleza está atemperada por la **templanza**, y de nuevo decir «temperada» y «templanza» son lo mismo: un fuerte destemplado sería un violento violentador, antítesis de la fuerza que se expande en ternura.

h) Esa fortaleza temperada, que es ni más ni menos que la forja y fragua de un carácter ético, necesita de la **prudencia**, virtud del instante, dominio del discernimiento, que nada tiene en común con la sagacidad maquiavélica.

i) La prudencia, como decimos virtud del tiempo, necesita de la compañía de la **paciencia**, una virtud muy difícil para principiantes.

j) **Humildad** es la última palabra de la virtud. **Homo** (hombre), **humus** (ceniza, barro) y **humilis** (humilde) nos hablan de una realidad existencial. Ahora bien, ser hombre —polvo humilde a la caída de la tarde— no impide ser «polvo sí, mas polvo enamorado», voluntad de amor.

De este modo hemos engranado diez virtudes básicas. ¿Que cuántas hay? Tantas como fuerzas que te llaman a cumplir tu verdadera vocación, que es la de ser persona. Cuanto te ayuda a crecer como tal es virtud. Y todo lo que llamamos virtud es fortalecimiento de esa vocación personal. El médico, el albañil, el profesor desarrollan su virtud siendo personas a través de sus correspondientes

oficios de médico, albañil o profesor. Virtud: esencia única con nombres distintos. En Kant será la buena voluntad, fuente de toda excelencia, la unificadora de las virtudes. En Grecia, las virtudes están unidas por la armonía interior: así como para cada virtud una definición subsume en un concepto la pluralidad de casos particulares, así también se combinan las virtudes entre sí según la debida proporción; es el hombre entero el que ha de ser virtuoso, dotado de un carácter moral. El sabio no es el coleccionista de virtudes que reúne en su persona las excelencias complementarias desde fuera de sí mismo — la prudencia del zorro y la fuerza del león— sino el capaz de todas las virtudes. En esto concordaron siempre precristianos y cristianos: «hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el señor es el mismo, diversidad de operaciones, pero es el mismo el Dios que obra todo en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común. Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; a otro, carisma de curaciones, en el único Espíritu; a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas; a otro, don de interpretarlas. Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad».¹ En fin, «quien posee una y no ofende a las otras, las posee todas. Y quien ofende a una, ninguna posee y a todas ofende».² La prudencia no es verdadera si no es justa; ni es perfecta la templanza si no es fuerte, justa y prudente; ni es íntegra la fortaleza si no es prudente, templada y justa; ni es verdadera la justicia si no es prudente, fuerte y templada. En realidad no existen las virtudes en plural, cada una a su aire y a modo de catálogo de habilidades independientes; la virtud (en singular) es el ser humano entero, de ahí que cada hábito virtuoso implica a los demás porque es el ser humano entero quien puede recibir el calificativo de virtuoso. Pues, aunque las virtudes son personales, sin embargo todas son eslabones de una misma cadena: todas son manifestaciones del amor; la única virtud que no tiene límite ni medida es el amor, nunca podremos decir que amamos demasiado, porque la medida del amor es amar sin medida. Esto no impide que, yendo juntas pero no revueltas, cada una de ellas tenga su sede propia, y por eso afirma Aristóteles que el ojo posee su virtud como el caballo la suya, siendo la virtud del ojo la de hacernos ver bien, y la del caballo ser bueno en la carrera.³

1. 1 Cor 12, 4-11.

2. Francisco de Asís: «Saludo a las virtudes». In *Escritos*. BAC, Madrid, 1985, p. 47.

3 *Et. Nic.*, II, 6, 1106a 20.

FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA

La virtud dista de dos defectos, en primer lugar el egocentrismo del virtuosismo o moralismo, esa pretensión de ser virtuoso por serlo y para serlo, sin más. ¿Puede quererse la perfección propia (ser un «saco de virtudes») como objeto del querer? Pretenderlo sería fariseísmo, salir del gimnasio ético presumiendo de tener un «cuerpo ético», pues quien se declara poseedor de una virtud está encubriendo su egocentrismo. Quien diga que posee el bien es un fatuo presuntuoso. Quienes se ejercitan en virtudes para exhibirse desarrollan un vicio, «dime de qué presumes y te diré de qué careces». Este narcisismo egocéntrico o autotélico hace de uno mismo el fin de la acción.

El segundo es el vicio extrínsecista. Quien para ser virtuoso exige premio o recompensa exterior es moralmente reprobable; la acción virtuosa tampoco está sometida al miedo al castigo («haré tal cosa o no la haré sólo para que no me castiguen»); ni se es virtuoso por actuar según lo mande la ley: hay leyes antiéticas.

2. ¡Al fin Felicidad!

¿Es un privilegio la alegre felicidad? Todo lo contrario. Si privi-legio significa ley privada, felicidad es placer compartido. Felicidad es creer que la otra persona tiene aún algo que decirnos. Más feliz que los felices es quien puede hacer a la gente feliz; hacer un poco felices a los demás, vivir para ellos, es hacerse a sí mismo un poco feliz, vivir para sí mismo. Queremos decir que hacer mejores a los hombres es la única forma de hacerlos felices; que la forma más segura de ser feliz es hacer felices a los demás. Nadie puede ser perfectamente feliz si no lo son quienes le rodean, por eso la felicidad consiste en hacerles dichosos. Para la pregunta ¿a qué te dedicas?, sea ésta tu respuesta real: a ofrecer alegría, a evitar tristeza.

La alegre felicidad consiste en hacer el bien; dicho de otro modo, el secreto de la gratificante felicidad está más bien en darla que en desearla. Cuanto más se regala, más se posee; por eso la persona más feliz del mundo es aquella que reconoce los méritos ajenos y se alegra de ellos como si fueran propios. Cuando hemos renunciado a nuestra dicha y nos contentamos con hacer dichosos a quienes nos rodean, es cuando comenzamos a ser dichosos. Ciertamente, la dicha de la vida consiste en tener siempre algo que hacer, alguien a quien amar, y alguna cosa que esperar. La exultante y alegre felicidad nace de la bondad del corazón.

El necio que alcanzó el éxito suele decir: «es mérito mío» («suerte» es, pues, el nombre que aplica al mérito de los demás), y el sabio: «he tenido suerte, ya que pude hacer felices». Durmamos, pues, con un oído despierto:

muchas veces la alegría llega con paso furtivo. ¿Quieres tener razón a toda costa, o hacer razonablemente alegres a cuantos te rodean? ¡Asumamos juntos el enorme valor de ser felices y de hacernos felices recíprocamente! No hay que echar a nadie para hacernos sitio; cuando el amor prepara su silla la está preparando para todos. Comienza a manifestarse la madurez en nosotros a partir del momento en que sentimos que nuestra preocupación por los demás es mayor que la preocupación por nosotros mismos. La alegre felicidad es, por así decirlo, una puerta que se abre hacia adentro, y para abrirla hay que dar humildemente un paso atrás. Para tener unos labios atractivos, pronuncia palabras amables; para tener unos ojos encantadores, busca lo bueno en la gente; para tener una figura esbelta, comparte la comida con los hambrientos; recuerda que cada vez que necesites una mano amiga la encontrarás al final de tu brazo. A medida que madures descubrirás que tienes dos manos: una para ayudarte a ti mismo, otra para ayudar a los demás. Qué alegría.

Esa Alegría con mayúscula que, viniendo de lo alto, se anida en mi prójimo, sólo pasa a través de mí si yo vivo alegre haciendo alegres a los demás y reconociendo el origen de mi alegría en esa Alegría. Mi alegría exige, pues, poner de acuerdo mis pensamientos, mis palabras y mis hechos. La felicidad de nuestra vida tiene mucho que ver con la serenidad de nuestra conciencia. Ser alegremente feliz significa poder percibirse a sí mismo sin temor, es decir, en no tener nada que reprocharse. La manera más directa de alcanzar la alegre felicidad consistiría en hacer por la conciencia lo que hacemos por la alegre felicidad. No es, digámoslo de otro modo, hacer lo que nos gusta, sino que nos guste lo que hacemos. Importa para ser feliz querer siempre lo que se hace, más que hacer siempre lo que se quiere. Cuando se es alegremente feliz no hay que pretender ser más feliz: un libro y un amigo, un sueño breve, que no perturben deudas ni pesares.

Feliz aquel que supo ajustar su alegre existencia a su carácter, a su voluntad y a su arbitrio. La felicidad pide asimismo reconocer los propios límites y amarlos para desde ahí corregirlos, si se puede. En fin, que el agua de la felicidad no se nos da a beber en vasos, sino en la humildísima palma de la mano. La alegre felicidad no está en anhelar muchas ni grandes cosas, sino en contentarse con lo que nos sostiene como seres humanos. Tres cosas al menos necesitamos para ser felices: la bendición de Dios, libros, y un amigo. Por ahí puede investigarse más la esencia de una vida alegre, es decir, de una vida con sentido.